

## **¿De la migración por mejores salarios a la migración para pagar deudas? Crédito fácil, fracaso en El Norte y desalojos en una economía burbuja del Altiplano de Guatemala**

*David Stoll*<sup>1</sup>

ME DI CUENTA por primera vez de cómo las deudas podían ser la motivación de la migración, una cálida noche en Baltimore. Visitaba yo a un ex combatiente del Ejército Guerrillero de los Pobres. En la época de mi visita, él trabajaba para un tendero coreano setenta y dos horas a la semana. Este hombre, sus dos hijos y otros diez guatemaltecos vivían en un apartamento de tres recámaras en un complejo habitacional que tenía su propio servicio de vigilancia y que a todas luces albergaba a gente de todo el mundo. De repente, la luz de las torretas giratorias de una ambulancia iluminó la plazuela. Unos corpulentos paramédicos intentaban sujetar a una camilla con cinturones a un joven guatemalteco que berreaba en su borrachera. El muchacho le había dado un puñetazo en la cara a su padrastro, éste tomó el teléfono y le habló a la policía, y el hijastro se cayó o saltó de un balcón del segundo piso. Se estaban peleando por el dinero que debía de su viaje a Estados Unidos, y decía que quería suicidarse porque no podía encontrar trabajo.

La migración proveniente de México y Centroamérica a Estados Unidos ha sido objeto de gran atención, pero hasta ahora no he encontrado estudios o investigaciones que se enfoquen en el indispensable pilar de las deudas.

<sup>1</sup> Quisiera expresar mi profundo agradecimiento a Juan Clemente Raymundo, Pascal Huwart y otros profesionales y ciudadanos de Nebaj, quienes contribuyeron con sus experiencias y críticas. También agradezco sus comentarios a versiones anteriores de este texto a John Sherman, Walter Little, Fred Krissman, Leon Fink, Ed Kissam, Armando Alfonso, Sandy Davis, Ann Miles, John Maluccio, Stener Ekern, Eli Sutton, Ben Stoll, Jan Rus y a los editores de *Latin American Perspectives* (una versión en inglés de este texto apareció en esa revista, vol. 37, enero de 2010). Cualquier deficiencia es exclusivamente responsabilidad mía.

Digo indispensable porque ¿de dónde van a sacar los campesinos los 5 mil dólares que se necesitan para atravesar México y cruzar la frontera de Estados Unidos? Si el mercado laboral estadounidense los necesita, los parientes que tienen un trabajo fijo en Estados Unidos serían los que pagarían el viaje y los recién llegados pronto pagarían su deuda con lo que ganen en los trabajos que los estarían esperando. Pero muchos de los guatemaltecos que conozco no tienen trabajo fijo, y no queda muy claro que la economía estadounidense los necesita. Cinco meses antes de la crisis crediticia de septiembre de 2008, en la localidad de Homestead, Florida, a las 7:30 de la mañana conté más de 100 guatemaltecos parados a la vera del camino, es decir, en la fila que forman en espera de ser contratados por alguien. Nadie llegaba. Para peor, en realidad no había nada de nuevo en su predicamento. Durante varios años los guatemaltecos han batallado para encontrar trabajo en Homestead y aun así no dejan de llegar. ¿Acaso se dejan engañar por las imágenes de la televisión de la fabulosa vida que se puede tener en El Norte? ¿O será que siguen viniendo no tanto por el atractivo de los salarios (que en Homestead en general son más bajos que el mínimo permitido por ley), sino por el acicate de sus deudas en Guatemala?

En la antropología sociocultural y los estudios latinoamericanos, la suposición prevaleciente es que los migrantes se ven obligados a ir a Estados Unidos por los efectos del neoliberalismo (aunque véase a Kyle, 2000; y Cohen, 2004, para argumentos de por qué esto quizás es demasiado simple) y porque la migración en general es benéfica tanto para los migrantes como para las comunidades emisoras (pero consúltese a Fletcher, 1999; Levitt, 2001; Miles, 2004; Nazario, 2006; Smith, 2006; y Foxen, 2007, para razones de por qué esto quizá no es así). Los etnógrafos se refieren a las deudas pero ninguno parece profundizar en ello, por lo menos en América Latina. Los textos académicos que más se acercan al tema que he encontrado se enfocan en la industria del microcrédito (Lont y Hospes, 2004), pero es principalmente en el sur de Asia donde antropólogos y sociólogos han puesto su atención en el Grameen Bank y su fundador, Muhammed Yunis, quien fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz en 2006.

Es fácil desentenderse del problema de las deudas porque a los migrantes no les gusta hablar de ello. No obstante, las deudas se han convertido en un asunto público en el pueblo ixil-maya de Nebaj, debido a la repentina ruptura de una burbuja económica. Durante veinte años, una afortunada combinación de proyectos de ayuda internacional, préstamos a bajo interés y las remesas enviadas de Estados Unidos permitieron que miles de nebjenses prosperaran como nunca antes. Pero entonces algo salió mal, un año antes de la crisis crediticia en Estados Unidos, y miles de ixiles se atrasaron en sus pagos. Ac-

tualmente una asociación de mujeres neabajenses ha estado solicitando a las organizaciones internacionales y al gobierno de Guatemala que les ayuden a salvar sus casas y tierras de los desalojos, es decir, de ser embargadas por falta de pago.

Lo que sigue es una inesperada mirada sobre un tema poco conocido: de qué manera los guatemaltecos usan el crédito formal e informal para financiar la migración no autorizada a Estados Unidos. La pequeña población que súbitamente permitió echar esta mirada no es el típico pueblo indígena maya: de todos, es el que más proyectos de ayuda ha recibido en Guatemala. De hecho, me pregunto si otros colegas se han enterado de cosas como las que describo aquí. Los relatos que cuentan los neabajenses parecen indicar que la migración es un proceso sumamente competitivo, no sólo con respecto a los mercados laborales de Estados Unidos, sino entre la población emisora, proceso que se exacerba por la competencia por la tierra, las herencias, los trabajos y las escasas oportunidades de movilidad social ascendente. Sus historias también dejan entender que la migración es un proceso que se paga con dinero prestado, en el cual los migrantes y sus familiares adquieren deudas en la corriente migratoria de tal forma que luego no pueden pagar, lo que tiene como consecuencia que casas y recursos productivos se pierdan. Las deudas no sólo hacen posible la migración, sino que provocan que más gente migre al norte, en una cadena de explotación que acaba sangrando más valor de la población emisora que lo que le reditúa.

### **Nebaj: centro consentido de los proyectos de ayuda internacional**

Cuando llegué por vez primera en noviembre de 1982, Nebaj era un pueblo silencioso y asustado ocupado por el ejército guatemalteco en su cacería de las guerrillas marxistas que se escondían en las montañas de los alrededores. En cierto momento, gran parte de la población mayance, que es predominantemente ixil pero también incluye una minoría quiché bastante dinámica, parecía dar su apoyo al Ejército Guerrillero de los Pobres, no sólo en Nebaj sino también en los municipios vecinos de Cotzal y Chajul. En represalia, el ejército guatemalteco ejecutó masacres y quemó hasta los cimientos del asentamiento rural. Miles de personas murieron y más de la tercera parte de la población se refugió en iglesias pentecostales, las cuales actualmente acogen en su seno a la mayoría de los líderes del pueblo.

Desde entonces, las guerrillas han dejado sus armas y el ejército sólo mantiene a un pelotón, y Nebaj se ha convertido en la población más pujante de la

región. Gracias a los muchos proyectos de ayuda, los ixiles y sus vecinos quichés han repuesto el ganado perdido en la guerra. Su gama de productos agrícolas es cada vez más amplia. Los telares de lanzadera producen metros y metros de tela. Los ixiles se han adueñado de los puestos de enseñanza y miles de jóvenes ixiles han terminado su educación secundaria. Los ixiles están a cargo del gobierno municipal, de decenas de congregaciones protestantes y de la parroquia católica. En las calles pululan los vehículos *pick-up*, las motocicletas y raudos taxis-triciclos. Las adolescentes caminan en nutridos grupos con zapatos de tacón y hablando sin parar por sus teléfonos celulares. Un delegado de la Unión Europea que visitó la ciudad por primera vez, al ver que se construían casas de tres pisos, exclamó: “¡Seguro que es por el narcotráfico!”.

Para nada. Ante todo, es resultado de los proyectos de ayuda internacional, especialmente los de la Unión Europea, en una bonanza de ayuda que comenzó a fines de los años ochenta y no tiene visos de agotarse. Lo que justifica este desfile sin fin de nuevos programas es que la mayor parte de la población de Nebaj fue desplazada por la guerra. Es cierto, pero hay otros municipios que fueron afectados por el conflicto armado en igual medida y nunca han disfrutado de la lluvia de proyectos como Nebaj. ¿Qué convierte a este pueblo en una Meca para los donantes internacionales? Algo ayuda ser bien parecidos, tener garbo para llevarse con los extranjeros y vivir al pie de un majestuoso valle montañoso. Ciertamente los ixiles se han vuelto mayas de calendario en dos sentidos: sus augures todavía usan el calendario maya, y el esplendor de la indumentaria femenina los hace figurar en calendarios publicados por las organizaciones de ayuda como capital simbólico que contribuye a recabar fondos.

Esto no quiere decir que el matrimonio de los ixiles con la actividad internacionalista sea todo miel sobre hojuelas. Lo que anima a los ixiles a recibir a las organizaciones internacionales con los brazos abiertos es su deseo de “superarse”, como dicen ellos, no su lealtad a las pintorescas tradiciones que tanto valoran los extranjeros. Mientras que algunas familias son la parte acusadora en los procesos de genocidio en contra del ex dictador general Efraín Ríos Mont (1982-1983), son más los ixiles que han votado por Ríos Mont y su partido en reiteradas ocasiones. Cuando los guatemaltecos votaron en su contra en las elecciones de 2003, los tres municipios ixiles eligieron a alcaldes pertenecientes al partido del General. No obstante, Nebaj resulta tan atractivo a los donantes internacionales que prefieren hacer caso omiso de su conservadurismo político y de su radical religiosidad evangélica.

Pese a todos los proyectos —agricultura sustentable y exportaciones de productos exóticos; cooperativas de mercadotecnia (*marketing*); una asocia-

ción veterinaria y sus propias farmacias; un centro de justicia modelo que ofrece asesoría legal, mediadores, traductores y sociólogos para resucitar al derecho tradicional comunitario; ayuda alimentaria y educación para las madres y sus pequeños hijos; equipos médicos estadounidenses y cubanos— a menudo he oído las quejas de los jóvenes ixiles: “¿Por qué no hay una organización aquí que realmente nos da apoyo?”

Si vemos a Nebaj como una economía de deseos e intentos de satisfacer esos deseos, lo que quieren los ixiles es lo que ha cambiado radicalmente en los últimos cincuenta años. Como son poblaciones originarias del continente americano, a los donantes internacionales les gusta creer que son guardianes de la Tierra, custodios de la sabiduría ancestral, celosos defensores de sus tradiciones. Hay ixiles que responden a esta descripción; muchos otros, no. En cuanto a su cultura, los ixiles tienden a sentirse de la misma manera que los estadounidenses como yo se sienten con respecto a los años cincuenta. A veces sentimos nostalgia de esos años, a veces no. Emborracharse para honrar a los santos, vivir de maíz y frijol, habitar chozas de húmedo adobe —no les falta razón a los ixiles para renegar de muchas de sus tradiciones. Están orgullosos de ser quienes son y de ser de su tierra, pero también ansían ver las candilejas de la modernidad, las comodidades de la vida moderna que ven en la televisión y a las cuales sólo pueden tener acceso si abandonan muchas de las tradiciones que los encarecen a los ojos de los turistas.

Cuando los donantes internacionales se enamoran de Nebaj, se embarcan en una misión cuyo fin se pierde en el horizonte. Antes de la guerra, la mayor parte de los ixiles se dedicaba a algo que ni siquiera se podía llamar agricultura de subsistencia, y para compensar el escaso producto de sus tierras migraba cada año durante varios meses a las plantaciones costeras. La mayor parte de los niños ixiles no iba a la escuela y la mayoría de la población vivía y moría sin asistencia médica moderna. Esta vida relativamente autónoma llegó a su fin cuando el ejército quemó sus sembradíos y granjas en los años ochenta. La mayor parte de los ixiles se convirtió en refugiados y aprendió a hacer cola para recibir alimentos racionados. También aprendieron que podían acudir a una batería de instituciones para satisfacer muchas de sus necesidades. “¿Qué proyecto trae?”, se convirtió en un saludo aceptable para dirigir a los extranjeros. En cuanto a todas aquellas agencias de ayuda, apenas podían limitarse a sólo restablecer el *status quo*. Antes de la guerra, la mayoría de los ixiles vivía en chozas sin agua corriente, letrinas o luz. Así que había que proporcionar estas necesidades de la vida moderna por primera vez. Además, como las mujeres ixiles todavía procreaban en promedio seis hijos, los cuales empiezan su vida reproductiva en la adolescencia, cada año los ixiles formaban cientos de nuevos hogares. De esta manera, año con año, no

faltan las peticiones al gobierno y a donantes de todo tipo para financiar viviendas modernas, energía eléctrica, agua potable, carreteras, escuelas y asistencia médica que se traducen en la construcción de varias aldeas que retoñan por todo el paisaje.

¿No se supone que los proyectos de desarrollo deberían ayudar a que la gente se vuelva autosuficiente? ¿No se supone que deberían desarrollar nuevas fuentes de ingreso? Decenas de proyectos que llegan a Nebaj de hecho han tratado de hacer precisamente eso. Ha habido casos afortunados, como las dos asociaciones que han ayudado a los cafetaleros a vender su cosecha a precios más elevados. Los agricultores que viven en microclimas favorables producen actualmente nuevos productos de exportación, como ejotes. Pero la mayor parte de los ixiles no tiene la tierra adecuada para aplicar tales estrategias. Incluso si se parcelaran las grandes propiedades que quedan (muchas de hecho ya han sido fraccionadas), los pequeños agricultores ni siquiera así tendrían suficiente tierra para ser autosuficientes. Según un estudio de agrónomas francesas, el campo ixil es demasiado escarpado y tiene muy poca tierra como para que el ingreso agrícola sea suficiente para promover el desarrollo de la región (Aubry y Servado, 2004). ¿Y las fábricas? Por toda América Central, las maquiladoras están luchando por sobrevivir ante la competencia de los bajos salarios en China. En cuanto al comercio al detalle, cada categoría se ha multiplicado hasta llegar al punto de saturación. También es el caso del transporte motorizado: son muchos los vehículos que congestionan las calles del pueblo, y sus dueños apenas logran sacar la mensualidad correspondiente. La producción artesanal, por ejemplo de muebles y textiles, da empleo, pero lo que se gana con ello no alcanza para satisfacer el nivel de consumo al que se aspira en el pueblo. Ninguna de estas fuentes de empleo puede absorber las decenas de miles de jóvenes ixiles que no tienen suficiente tierra para vivir de la agricultura. Así que el producto más importante de Nebaj, su industria principal, sigue siendo la exportación de mano de obra excedente.

### **Dos estrategias para la autosuficiencia**

En los años noventa, había dos nuevas ideas para que los ixiles se volvieran autosuficientes, cuya interacción será objeto de lo que resta del artículo. La primera idea, concebida por consultores internacionales, era facilitarles a los ixiles obtener préstamos para que pudieran volverse empresarios. A todos nos han contado historias de cómo los microcréditos pueden ayudar a los pobres a salir de su pobreza. Aun cuando tal no sea el caso en realidad, los ixiles y otros mayas ansían tener un lugar para depositar sus ahorros; también

ansían hacer compras importantes; y de hecho algunos son empresarios que logran levantar nuevos negocios y crear empleos. Para las agencias de ayuda, entretanto, prestar dinero a las personas individualmente o en grupo evita los interminables problemas de fiscalización y rendición de cuentas de los proyectos comunales. Prestarles dinero a los ixiles parecía una idea tan buena que, para 2008, tenían la posibilidad de pedir prestado a por lo menos 23 instituciones distintas (bancos, asociaciones de crédito y fondos rotatorios) a sólo unos pasos del zócalo de Nebaj.

La segunda manera de hacer autosuficientes a los ixiles —concebida más bien por ellos y no por los consultores internacionales— era buscar un mercado más ventajoso donde pudieran vender su fuerza de trabajo. Los ixiles tienen bastante experiencia en este comercio en condiciones de desventaja. Cuando se le acaba el maíz a una familia, muchos meses antes de la próxima cosecha, se acostumbra que toda la familia vaya a una plantación de café —no tanto por el dinero, que es mínimo, sino por la comida que se da a los peones. Para poder ganar más dinero, digamos hasta 11 dólares diarios, los ixiles también van a la zafra en los ingenios de la costa, pero el ritmo de trabajo es demasiado brutal para muchos. En cuanto a la ciudad de Guatemala, miles de ixiles han probado trabajar en las fábricas y ventas callejeras, pero el costo de la vida es tan alto que la mayor parte regresa sin ahorros.

La posibilidad que queda es Estados Unidos, sobre lo que los ixiles me han preguntado durante los últimos veinte años. “¿Podría ayudarme a encontrar un trabajo en El Norte?” A muchos otros guatemaltecos se les ha ocurrido la misma idea. Según las proyecciones de la oficina del censo de Estados Unidos, en ese país hay 875 000 guatemaltecos, y la mitad de ellos son legales.<sup>2</sup> Según la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), hay un millón y medio de guatemaltecos en Estados Unidos, y la tercera parte de ellos tienen sus documentos en regla. De esta manera, uno de cada nueve guatemaltecos vive en Estados Unidos. En 2008, estos migrantes enviaron 4 400 millones de dólares a su país, siendo la principal fuente de divisas, casi igual al total de las exportaciones. Según la OIM, casi un millón de hogares guatemaltecos y más de 4 millones de guatemaltecos —la tercera parte de la población— se beneficia de las remesas (OIM, 2008: 7-8 y 31).

En Nebaj, las dos instituciones de crédito más grandes tramitaron el envío de remesas provenientes de Estados Unidos por un monto equivalente a 115

<sup>2</sup> Fuente: B03001 Hispanic or Latino Origin by Specific Origin, 2006 American Community Survey, US Census Bureau, plus Estimates of the Unauthorized Immigrant Population Residing in the United States: January 2006, Population Estimates August 2007, Office of Immigration Statistics, US Department of Homeland Security.

millones de quetzales en 2007. Para abril de 2008 gestionaron 2 653 remesas. Si sumamos a esto las 1 225 remesas que se calculan para el mismo mes de otras dos instituciones de crédito y dos agentes privados, y si suponemos el mismo valor promedio para cada remesa, el total sería de 169 millones de quetzales provenientes de Estados Unidos en 2007. Del total estimado de remesas en abril de 2008 de 3 878, calculo que la población que las envía es de 3 152 personas (excluyendo a los neabajenses que no pueden enviar nada).<sup>3</sup> A excepción de un puñado de pioneros de los años noventa y unos cuantos cientos de ellos en 2000 y 2001, la mayor parte de los neabajenses se han ido al norte desde 2002. Casi todos son del sexo masculino, cuyas edades van de 15 a 35 años, además de algunas personas mayores y esposas que se reúnen con sus esposos, y un número cada vez mayor de jovencitas solteras.

Exceptuando a unos cuantos neabajenses —una esposa, un estudiante universitario, un empleado diplomático— todos han ido a Estados Unidos de manera ilegal. Sólo unos cuantos más han podido obtener visas de turistas. Por los muchos engaños y robos que han sufrido en México, los neabajenses saben que tienen que pagar de 40 mil a 45 mil quetzales a los contrabandistas de personas, que normalmente son del departamento vecino de Huehuetenango, quienes los entregan a los traficantes mexicanos que operan en Chiapas. Con un tipo de cambio de 7.8 quetzales por dólar, cada viaje cuesta más de 5 mil dólares. En el proceso típico, a los neabajenses primero los atraviesan por la frontera entre Guatemala y México, ya sea a pie, ya sea por el río con flotadores improvisados, luego los suben a un camión de carga o a un contenedor que viaja hasta Altar en Sonora, y de ahí atraviesan a pie el desierto de Arizona para llegar a casas de seguridad en Phoenix, donde permanecen recluidos hasta que un pariente o prestamista hace un depósito de lo que deben por cable a un banco mexicano.

Los neabajenses se han establecido desde Los Ángeles, California, a Syracuse en Nueva York, pero tienden a aglomerarse porque su desconocimiento del inglés los hace depender de parientes y amigos para encontrar trabajo. Entre los lugares de concentración están Phoenix, West Palm Beach y Carolina del Norte, pero los más grandes son Homestead, un centro de producción de

<sup>3</sup> Según los directores locales, en abril de 2008 la sucursal de Banrural de Nebaj recibió 2 338 remesas y la caja de préstamos y ahorros Cotoneb recibió 315, lo que hace un total de 2 653. Los cálculos de las otras dos instituciones financieras y los dos agentes privados sumarían 1 225 remesas más el mismo mes, lo que da un total de 3 878. Si la mitad de los emisores de las remesas envían dinero dos veces al mes, la cuarta parte de ellos una vez al mes, la octava parte y otra octava parte una vez cada dos meses, la población emisora será de 3 152 personas. Si la cuarta parte de los neabajenses en El Norte no envía nada de dinero, la población total de ellos en Estados Unidos sería de 3 940 personas.



plantas de ornato y otros productos vegetales en los suburbios del área metropolitana de Miami; Centerville, un suburbio de Washington D. C. en el estado de Virginia; y Dover/New Philadelphia en el sudeste del estado de Ohio. En este último lugar, los nebjenses trabajan para la empacadora de carne anti-sindicalista Case Farms y otras fábricas cuya fuerza de trabajo no está sindicalizada. En Homestead y Centerville, trabajan para inmigrantes ya establecidos que han aprendido la misma lección que otros migrantes que llegaron antes de ellos: que sólo pueden elevar su nivel de vida e integrarse a la clase media estadounidense aprovechándose de los inmigrantes que vienen después de ellos, violando sistemáticamente las leyes laborales (Mahler, 1995).

Para estos patrones —inmigrantes que ya tienen residencia legal o ciudadanía estadounidense— los nebjenses trabajan doce horas al día, seis días a la semana, sin pago por tiempo extra y sin seguro médico. Los nebjenses de hecho quieren trabajar horas extras, pero la consuetudinaria violación de leyes y reglamentos de trabajo harían de ello explotación ilegal [*sweat labor*] (Gordon, 2005). Si no tienen la suerte de encontrar un patrón de estos, se paran a la vera de la carretera, con la esperanza de que alguien pase en su *pick-up* y les de trabajo por uno o dos días. No obstante, algunos han regresado a su tierra como gente con dinero. De ocho personas que entrevisté y que eran de las que les había ido bien, todas se fueron a Estados Unidos antes de 2003. La mayoría encontró trabajo con buen salario —algo poco común— en la construcción o en cuadrillas itinerantes de trabajadores, contratados por un *boss* anglosajón que apenas hablaba español pero que había quedado impresionado por su ética de trabajo y por eso los había puesto como capataces. Igualmente impresionados quedaron sus paisanos nebjenses, muchos miles más que también se fueron al norte. Desde entonces, sus parientes se han quedado esperando a que lleguen las remesas a manos llenas. La mayoría se ha llevado una decepción. “¿Por qué no manda dinero?”, se preguntan. O bien, “¿por qué sólo envía cien dólares al mes, que ni siquiera alcanza para pagar lo que se debe de su viaje?”

Para las esposas, la respuesta más obvia es que su esposo está siendo infiel. Doña Feliciano (éste y los demás nombres han sido cambiados) es una tejedora que se endeudó considerablemente para comprar la cómoda casa que está a punto de perder. Está a punto de perderla, como dice doña Feliciano, porque su esposo que está en Minnesota se la pasa emborrachándose y corriendo detrás de las mujeres en lugar de mandarle dinero. Oh, digo inoportunamente, déme su número de teléfono y le llamaré cuando regrese a Estados Unidos. Rápidamente salieron a relucir los teléfonos celulares y doña Feliciano me puso uno en la mano para que hablara con el bueno para nada de su esposo. “¡Dile que tiene que mandarnos dinero o que si no vas a hacer que lo

deporten!”, me dice Feliciano por lo bajo. Y pues hablé con su esposo, quien ya tenía siete años que se había ido. Un accidente le impidió seguir trabajando en la empacadora de carne. Después de pasar un tiempo sin trabajo, apenas acababa de conseguir trabajo en una panadería con un salario más bajo, de 6.50 dólares la hora. Él y otros tres hombres estaban pagando 1 000 dólares al mes por un apartamento al que se le congelaron las tuberías y entonces no tenían agua corriente.

Muchos neabajenses que se fueron de su pueblo entre 2003 y 2006 han podido enviar suficiente dinero a sus familias para comprar un lote de terreno o para empezar a construir una casa, o por lo menos dar el pago inicial de un vehículo. Algunos todavía mandan buenas cantidades de dinero, 1 000 dólares al mes o más, pero muchos más se angustian por el temor al fracaso. Resulta que, si bien es cierto que colarse al mercado de trabajo de Estados Unidos es una manera de vender más caro la fuerza de trabajo de uno, los enormes riesgos fácilmente pueden hacer que se vuelva uno más pobre de lo que llegó. Los neabajenses deben encontrar suficiente trabajo para cumplir con tres obligaciones financieras: pagar el dinero que deben de su viaje, sus gastos para vivir allí (siempre más altos de lo que esperan), y una vez cumplidas éstas, enviar las abultadas remesas que sus familias esperan. Desafortunadamente, tener un trabajo que les de lo necesario para cumplir con las tres obligaciones significa competir con los demás guatemaltecos y mexicanos que han llegado al mismo mercado de trabajo con la misma idea. En el peor de los casos, los arrestan y deportan después de pagar los 5 mil dólares del viaje a Estados Unidos, antes de que puedan saldar su deuda con lo que ganan en el trabajo. No hay trabajo legal en Guatemala que permita pagar esas cantidades. Entonces hay más presión que antes: invertir otros 5 mil dólares en un nuevo intento, con lo que la apuesta sube al doble, sin saber qué les depara el destino.

Ahora bien, pasemos a la pregunta obvia: ¿a quién le piden prestada los ixiles la pequeña fortuna que se necesita para hacer la travesía a Estados Unidos? Si tienen a algún familiar que ya viva allá y que tenga un trabajo estable, pueden pagar el viaje de esa fuente de empleo. Pero pocos ixiles tienen tanta suerte. Si todavía poseen algo de tierra, podrían venderla, arriesgándose a acabar más pobres que antes. Quedan dos posibilidades. Pueden pedir prestado el dinero a un prestamista local. Por desgracia, los prestamistas neabajenses casi siempre cobran 10% de interés mensual. Incluso tomando en cuenta que el interés no es compuesto, la deuda se duplicará en menos de un año y antes de cumplirse dos será el triple.

La otra posibilidad de sacar el préstamo de los 5 mil dólares es acudir a alguno de los 23 bancos, uniones de crédito y cooperativas de ahorro y crédito,

empresas de crédito y bancos comunales. El fin de estas instituciones no es financiar la migración ilegal; en todo caso, el crédito fácil debería ayudar a los guatemaltecos a quedarse en su país y ganarse la vida allí. Oficialmente, ninguna institución neabajense prestará dinero para que el solicitante se vaya a Estados Unidos. Pero hasta hace poco, no creían que el desvío de sus préstamos hacia la migración económica fuera un problema serio. De hecho, las dos instituciones más grandes aceptaban las remesas como prueba de ingresos suficientes para pagar el elevado préstamo que un prestatario nunca podría pagar con un salario guatemalteco. Ni los prestamistas ni los prestatarios se preocupaban mucho de qué pasaría si de repente se acabaran las remesas.

### **El problema de las esposas y de las madres**

A sabiendas o no, las instituciones de crédito de Nebaj se han embarcado en invertir en el sueño americano. En su contabilidad han metido una maraña de complicaciones que llamaré el problema de las esposas y de las madres. También participan los padres y los tíos, pero gran parte de la gente que pide dinero prestado para mandar a un peregrino económico al norte son mujeres. Ellas son las que se quedan con la deuda y, si su hombre no cumple, acaban pagando gran parte de las consecuencias. Una vez que se embarcan con la deuda de 40 mil quetzales para la travesía —o de 80 mil o 120 mil, dado que muchas familias mandan a dos o tres hermanos para que se acompañen— se habitúan a una incertidumbre crónica respecto de su futuro, equiparable a la de enviar a un ser querido a la guerra. Su futuro depende de que lleguen las remesas, así como de las llamadas telefónicas que cada vez son más baratas y peligrosas, porque permiten que el infortunio y la desconfianza se transmitan instantáneamente. Así, llega la ansiada llamada telefónica del esposo que está borracho porque se quedó sin trabajo —o que se quedó sin trabajo porque se emborrachó— para acusar a su esposa de serle infiel. Cuando el dinero ya no llega, las familias se preguntan si el hombre volvió a beber o si “ya está con otra mujer”. No tengo cifras ni manera de obtenerlas, pero todos en Nebaj están de acuerdo en que la migración ilegal golpea duro a los matrimonios. Según la OIM, 36% de las familias de los inmigrantes centroamericanos se desintegran (*Prensa Libre*, 2008).

La migración ilegal también golpea duro a las instituciones de fondos rotatorios. Cuando esposas y madres pierden a un familiar que trabaja en El Norte, muchas tratan de compensar la pérdida pidiendo dinero prestado a un interés de 2% mensual (la tasa de interés más común) a alguna institución de crédito para prestar el dinero a su vez a los vecinos, pero con un interés

de 10% mensual. Su esperanza es vivir de la diferencia. La primera vez que vi claramente este fenómeno fue en octubre de 2007 y abril de 2008, fechas en que conocí en total a 24 coyotes nebajenses que enganchaban o prestaban dinero. Como llegué a ellos tras una larga cadena de contactos personales, no se puede decir que se trate de una muestra representativa. Eran 15 hombres, desde los que sólo enganchaban ocasionalmente hasta los elocuentes gestores que llegaban a hacer envíos mensuales de migrantes por docena, y hay que decir que sólo tres de ellos habían estado alguna vez en Estados Unidos. De las nueve mujeres, por lo menos cinco pedían prestado en alguna institución para volver a hacer el préstamo a migrantes con 10% de interés mensual. De estas cinco, todas excepto una cargaban con el lastre de morosos a los que no les habían pedido una garantía, o bien la garantía resultó no valer nada. Lograban salir a flote solicitando más préstamos.

De las dos mujeres coyote que habían trabajado en El Norte, doña Marta es una tejedora y activista política. Hacia el año 2001, un antropólogo los ayudó a ella y su esposo a obtener una visa de turista en la embajada de Estados Unidos. En cuanto llegaron, se pusieron a trabajar en una fábrica. Tres años después, Marta regresó a Nebaj como si viniera de Jauja, y sus vecinos ansiaban saber cómo poder tener algo de su buena suerte. Decidió ayudarlos con préstamos a 10% mensual para que se fueran a Estados Unidos también. Los préstamos fueron muy rentables hasta que tres migrantes dejaron de pagar. Las cosas llegaron al punto de que ella y sus hijos estaban en riesgo de caer en morosidad ante los bancos que les habían prestado el dinero y de perder su casa de dos pisos. Su esposo seguía en Estados Unidos, trabajando para tenderos coreanos y estaba enojado porque doña Marta había perdido sus ahorros. ¿Qué se podía hacer? Endeudándose todavía más, doña Marta regresó a Estados Unidos (todavía con su visa de turista) con tres de sus hijos mayores (pasando por México), donde aguantaron muchos meses hasta encontrar trabajo.

En esta aventura migratoria en particular, la peor parte hasta ahora la ha llevado un yerno y su familia. Gracias a un préstamo de doña Marta, el yerno logró llegar a Los Ángeles pero tuvo muchos problemas para encontrar trabajo. La noche en que su esposa dio a luz a su primer hijo en Nebaj, él se cayó de la salida de emergencia de su apartamento y cayó de cabeza. En el hospital le salvaron la vida, pero tuvieron que quitarle una parte del cráneo. Después de pasar tres meses en coma, se lo entregaron a su hermano, quien lo llevó de regreso a Guatemala. Cuando lo conocí, estaba en cama, al pie de una gran bandera de Estados Unidos colgada en la pared. Sus padres gastaron 40 mil quetzales en ocho consultas con neurocirujanos de la capital que no sirvieron para nada. Su hermano regresó al norte pero no pudo encontrar tra-

bajo estable. Lo último que se supo es que los padres debían 170 mil quetzales a tres instituciones de financiamiento y a dos prestamistas, así que estaban a punto de perder su casa y su última parcela de tierra agrícola.

De las nueve mujeres coyote, a la que le ha ido mejor es a doña María. La mayor parte de su familia murió a manos del ejército cuando era niña, y de los 14 a los 16 años fue combatiente del Ejército Guerrillero de los Pobres. A fines de los años ochenta, las ofensivas del ejército orillaron a miles de los civiles que dependían del EGP a rendirse, incluyendo a María. Después de varias arriesgadas escapatorias huyó de las tierras ixiles para irse a trabajar en las fábricas. En los noventa un organizador de refugiados la convenció de que regresara y se hiciera cargo de programas para mujeres, trabajo por el cual recibió un salario mensual y con el tiempo una casa. María se destaca del común porque sólo tiene dos hijos. “Es bueno mostrar que no sólo los hombres tienen capacidad, nosotras las mujeres pueden salir adelante también”, me dice. “A veces los hombres no saben manejar el dinero, malgastan el dinero, chupando en las cantinas y en búsqueda de otras mujeres. En cambio, las mujeres son responsables de los hijos, somos más responsables, podemos dar estudio a nuestros hijos y salir adelante.”

Cuando estaba comprando animales para un proyecto en Huehuetenango, María conoció a un coyote que le pidió que lo ayudara a encontrar clientes. Entre 2004 y 2008 mandó a 40 personas al norte. En cada caso pagó por anticipado el viaje hasta la frontera de México con Estados Unidos. Sólo hasta que sus clientes llegaban a una casa de seguridad en Phoenix le enviaba el resto del dinero al “señor coyote” en Comitán, Chiapas mediante pago electrónico. Para enero de 2009, María tenía dos problemas. Primero, debía 72 mil quetzales por dos migrantes que detuvieron y deportaron unos cuantos días después de hacer el pago por haber llegado sanos y salvos. Segundo, en total tenía que pagar 11 200 quetzales a cuatro instituciones de crédito cada mes. Para cumplir con estos implacables pagos tendría que enviar más migrantes al norte, pero el desempleo entre los ixiles en Estados Unidos era tan alto que algunos acabarían por dejar de pagar sus deudas.

### **De qué manera doña Esperanza interpretaba la solidaridad**

Ésta no es la primera vez que los ixiles tienen problemas para pagar sus préstamos. Durante la bonanza del café a principios del siglo XX, los empresarios ladinos, es decir, no indígenas, se valían de alcohol destilado para hacer que los ixiles pidieran dinero prestado para fiestas religiosas, y luego se aprovechaban de las deudas para arrebatarles las tierras y convertir a los ixiles en

peones. Desde entonces los prestamistas ladinos casi han desaparecido, pero quizá de ellos los ixiles aprendieron a cobrar 10% de interés mensual. Curiosamente, los ixiles se prestan dinero entre ellos con este interés sin que sea mal visto. Aún no he detectado una palabra en la lengua local que se use con el sentido peyorativo que *loansharking* tiene en inglés (literalmente, “préstamo tiburón”); un interés mensual de 5% se considera generoso y sólo si llega a 15% o 20% se considera que no es de buenos vecinos. Aun así, hasta época reciente eran pocos los ixiles que tenían los medios para hacer préstamos de sumas elevadas, así que lo que se perdía o ganaba en dinero o propiedades era poco.

Pero entonces dos cosas sucedieron que multiplicaron los fondos de los cuales podían disponer. Primero, un contratista italiano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, el Programa de Desarrollo para Desplazados, Refugiados y Repatriados en Centroamérica (Prodere), se granjeó la peor de las famas porque se gastaba gran parte de su abundante presupuesto en pagar sus propios consultores internacionales. A manera de compensación, el Prodere dejó a su partida fondos para créditos que no tardaron en desaparecer en los bolsillos de los administradores y prestatarios ixiles. En segundo lugar, el nuevo evangelio del microfinanciamiento aseguró a la siguiente ola de organizaciones de ayuda que podrían establecer más programas de crédito y, blandiendo la labia del último grito del desarrollo, que también podían ignorar lo que había pasado antes con sus predecesores (FCDE, 2002). No pasó mucho tiempo antes de que lo micro desapareciera de las cantidades que las agencias más grandes prestaban, en particular Banrural, un banco guatemalteco apoyado por el programa de ayuda estadounidense USAID, y Cotoneb, una unión de crédito ixil. Ambos estaban dispuestos a hacer préstamos de 50 mil quetzales o más, a aceptar recibos de remesas como comprobantes de ingresos y a pedir como garantía títulos de propiedad. Algunos encargados locales sugirieron que se estableciera un buró de crédito para detectar a los que pidieran préstamos múltiples, pero sus jefes desecharon la idea.

Entretanto, las organizaciones pequeñas se encargaron de los verdaderos microcréditos, en cantidades de 10 mil quetzales o menos. En lugar de pedir una garantía, siguieron el ejemplo del Banco Grameen, y le pedían a sus prestatarios que se afiliaran a los llamados grupos solidarios. En estos grupos, nadie puede obtener un segundo préstamo hasta que todos han pagado el primero. Esto estimula un alto nivel de cumplimiento de pagos, pero más por presión social que por solidaridad, la cual los habitantes más astutos pueden interpretar de manera muy diferente de como lo hacen los proyectos de ayuda.

En Nebaj, un caso en particular hizo que los encargados locales se dieran cuenta de que muchos de sus créditos nunca serían pagados. En 2007, una

mujer de 57 años, llamémosla Esperanza (para no usar su verdadero nombre), organizó a más de 50 mujeres en varios grupos solidarios. Pero dichos grupos no eran solidarios de la manera en que lo veían las agencias de microcrédito; eran grupos que doña Esperanza y sus secuaces crearon en secreto. Cada miembro de cada grupo hacía una solicitud de crédito personal, y entonces le entregaba el dinero a doña Esperanza a cambio de un *regalo* que podía llegar a varios cientos de quetzales. Doña Esperanza decía que ella se encargaría de pagar cada préstamo. El mismo año, convenció a más de 10 personas vecinas para que solicitaran préstamos también —de nuevo a título personal, para que nadie se diera cuenta del tamaño de la operación.

Algunos meses después, cinco instituciones de la cabecera municipal detectaron en sus haberes a 50 mujeres prestatarias de la misma aldea que decían que no tenían que pagar nada. Todas señalaron a doña Esperanza quien, el 17 de diciembre de 2007, echó sus cosas y gallinas en un autobús al amanecer y se fue a la ciudad de Guatemala. Cuando llegué en busca de las víctimas, en una de las primeras casas donde me recibieron mi visita pronto se convirtió en una reunión con seis de los acreedores de doña Esperanza, los cuales le habían prestado un total de 122 mil quetzales. Uno de sus grupos solidarios, por sí solo, las 12 mujeres de “Las Rosas”, le entregó 115 mil quetzales. Si tomamos esto como el promedio total para las 75 víctimas que han denunciado el hecho hasta mayo de 2008, Esperanza logró reunir con todos los préstamos una cantidad de 978 mil quetzales, o 125 mil dólares, lo que equivale al ingreso anual de 100 hogares pobres.

¿Qué pudo haber hecho con tanto dinero? Doña Esperanza no quiso hablar conmigo. Apenas habla español, nunca fue a la escuela y no sabe leer ni escribir. No tiene antecedentes penales y al igual que muchos ixiles que se quieren superar, es miembro de una iglesia evangélica. Su único antecedente es que perteneció a un banco comunal, es decir, un grupo solidario creado por una agencia de microcrédito. Cuando le pidió a sus vecinos que pidieran prestado, les enseñaba la nueva casa que estaba construyendo (un nidito nada feo de dos pisos) y a su hijo que estudiaba derecho. Por eso tenía que pedir prestado; decía que pagaría con las remesas que le enviaban su esposo y otro de sus hijos, quienes estaban en Estados Unidos. Pero como tantos otros ixiles que se fueron al norte, su esposo e hijo ya no lograron encontrar trabajo suficiente para construir la casa de sus sueños. A todas luces, su método era la alternativa.

Tres meses después de la huida de doña Esperanza, una delegación de la aldea la encontró cerca de la ciudad de Guatemala. En lugar de llevarla a la policía, la llevaron de regreso a la aldea. Según Esperanza, todo fue culpa de su esposo, quién le enseñó a hacer duplicados de los títulos de propiedad, y de

su hijo el que estudiaba derecho, quien le dijo que organizara a las mujeres en grupos de prestatarias. Ellos, afirmó, se quedaron con todo el dinero. En respuesta, el esposo y el hijo la demandaron por difamación. Las víctimas no podían arrebatarle la casa porque, aunque Esperanza la construyó, el título de propiedad estaba a nombre de uno de sus hijos. Tampoco podían demandar al esposo o al hijo porque la única persona que les debía algo era doña Esperanza. Yo diría que el abogado en ciernes fue el que urdió la manera en que se podía sacar partido de todos los puntos débiles del sistema de crédito, de manera que las deudas de su madre fueran incobrables.

Doña Esperanza no es el único hoyo crediticio que los encargados de los préstamos de Nebaj están investigando. Esta mujer es sólo una de por lo menos cinco mujeres que aprovecharon sus habilidades sociales para organizar redes prestatarias, por no hablar de la enorme cantidad de gente que pidió los préstamos (nadie sabe a cuánto llega), la cual sacó otro préstamo en otra institución para pagar las onerosas mensualidades, y luego quizás otro y hasta una cuarta vez. No faltan nuevas instituciones que lleguen con recursos frescos porque, como ya se dijo, Nebaj es el pujante pueblo maya donde todas las organizaciones de ayuda de Guatemala quieren trabajar.

Para 2008, los promotores de los microcréditos de Nebaj aceptaron que muchos de sus prestatarios se habían endeudado más allá de su capacidad de pago. Le echaban la culpa a la competencia entre instituciones de que se fomentara una cultura del no pago. Varios de estos encargados locales también le echaban la culpa a las instituciones filantrópicas, es decir, las que tienen una misión social y que no tienen la obligación de recuperar el capital de los que las financian, y que por tanto nunca van a confiscar una propiedad que se presentó en garantía, y que tienden a dar prioridad a las mujeres. Como los funcionarios tienden a ser hombres, esta cadena de argumentación desemboca en que la culpa se les eche a las *señoras*. He aquí lo que un funcionario me dijo de doña Esperanza, con un dejo de “se los dije”: “Su actitud cambió. Se hizo una de estas señoras que anda en la calle con celular hablando de sus movimientos, siempre con sus negocios, posiblemente está estafando. Celulares son para emergencias y para empresarios. Siempre pedía montos mayores. Yo vi el cambio y me dije, la próxima vez el préstamo no se va a pagar”.

### **El comité de mujeres endeudadas**

Aparte de los dolores de cabeza que les dieron las señoras, al sector financiero de Nebaj le preocupa que las malas noticias que vienen de Estados Unidos



—la recesión, que los ixiles se están quedando sin trabajo en la construcción y la aplicación de las leyes de inmigración— harán que se suspendan las remesas que tantos de sus clientes necesitan para saldar sus préstamos. Esto nos conduce al comité de deuda, el cual ha cambiado varias veces de nombre, incluyendo el de “Organización de las Mujeres Afectadas por la Crisis Económica de la Región Ixil”. La primera petición de octubre de 2008 comienza diciendo:

Somos 71 familias, fuimos víctimas por el Conflicto Armado y esto nos trajo pobreza y hambre con nuestros hijos y familias, después de la firma de los acuerdos de paz quedamos sin los bienes materiales, nos quedamos con el único lote que tenemos; esto obliga a varias familias a que viajemos a los Estados Unidos para cumplir el sueño americano, pero lamentablemente hemos algunos que no corremos con la suerte de lograrlo, por lo que tenemos que regresar al país con las manos vacías...

Según la petición, 76 personas —todas mujeres excepto 11— deben un total de 5.4 millones de quetzales.<sup>4</sup> En promedio, son 71 mil quetzales por hogar, o 9 mil dólares, en un pueblo en el que muchas familias viven con 1 500 dólares al año o menos.

Cuando visité Nebaj en enero y junio de 2009, el comité estaba más o menos en sesión permanente. Las mujeres, que apenas hablaban español, sacaron documentos de los préstamos de entre sus ropas y me pidieron que los descifrara. El comité ejecutivo estaba formado por mujeres cuyo español era fluido. Dos de los hombres fundadores se separaron para formar un grupo rival. Sus antecedentes dudosos motivaron que los hombres se salieran del comité. Otro motivo fue que una organización formada exclusivamente por mujeres sería más atractiva para los donantes. A Nebaj han llegado bastantes agencias de ayuda que financian programas de empoderamiento para las mujeres ixiles, y el comité era el episodio más reciente. Las reuniones prácticamente sólo eran de mujeres, pero la primera a la que asistí fue inaugurada por un pastor pentecostal y luego clausurada por otro pastor pentecostal, los cuales sucesivamente guiaron al grupo en sus intensos llamados al Todopoderoso.

Los *gringos* también tienen cierta cualidad mágica en Nebaj, así que yo también fui bien recibido en las deliberaciones. Aunque insistí en que yo no representaba a ninguna organización de ayuda, no podía pagar sus deudas y sólo estaba haciendo un estudio, mi presencia significaba que los *internacio-*

<sup>4</sup>La petición efectivamente dice 71 familias, pero la lista que la acompaña llega a setenta y seis.

*nales* se preocupaban por su predicamento, así que las mujeres se pusieron en fila para contarme sus historias y yo hice una lista para la próxima delegación que fuera a la ciudad de Guatemala. 40 mujeres (casi todas casadas), un hombre y una pareja me explicaron sus situaciones. En promedio dijeron que su deuda era de 126 500 quetzales o más de 16 mil dólares por hogar. De los 42, 30 habían prestado dinero o sus títulos de propiedad a alguien. En 25 de los casos el objetivo era enviar a alguien a Estados Unidos. Ocho de 25 viajes fracasaron por deportación, otros dos por la muerte del migrante y tres por sufrir heridas incapacitantes. De las 42 cabezas de familia que entrevisté, 10 ya habían perdido sus casas, ya fuera por embargo o por venta forzada para pagar una deuda. Por desgracia, en Guatemala no hay un mecanismo jurídico para poner a salvo la vivienda en caso de quiebra financiera.

La presidenta del comité, a quien llamaremos doña Sara, es una persona pequeña pero empeñosa que en enero de 2009 parecía dar la impresión de un hada madrina; cinco meses después su destino la estaba acabando. Las mujeres ixiles son conocidas por sus intrincados tejidos, y de esto solía vivir Sara; de hecho, era una protegida del padre Javier Gurriarán, el sacerdote español que trajo la teología de la liberación a Nebaj antes de que fuera expulsado por el ejército; y ha participado en varios proyectos para empoderar a las mujeres. Los partidarios de la teología de la liberación y las feministas se horrorizan ante el protestantismo evangélico, pero doña Sara es actualmente una evangélica como muchos otros líderes ixiles.

“Todos tenemos el trabajo ante el Señor”, me dijo Sara. “La gente aquí son muy pobre y el trabajo mío es ayudarles con sus viajes. Mi esposo estaba tomando, no me apoyó, y yo estaba tejiendo para ganar la vida pero me cansé mucho y mis piernas estaban afectadas.” Así que hace cinco años se puso a hacer este trabajo. “Los señores de Banrural me echaron de mano y yo echo de mano a los que quieren viajar al norte. Por eso les presto el dinero para el viaje, en 10% el mes, hasta que tengan sus propias remesas y pueden sacar su propio préstamo de Banrural.” En pocas palabras, doña Sara sacaba préstamos a 2% de interés mensual y prestaba el dinero a los migrantes a 10% de interés mensual, aparte de los 5 mil quetzales que el coyote le da de comisión por cada migrante.

En los primeros tres años, Sara calcula que ganó el doble de lo que gastó en cada migrante que envió al norte. Cuando le pregunté cuántos eran, me mostró sus cuentas. En cuadernos escolares muy gastados había apuntado nombres, números de teléfono y operaciones aritméticas sin un orden aparente (sólo cuenta con dos años de educación formal). De todas las personas que envió al norte, sólo cinco no han logrado pagarle, pero estos cinco bastaron para hundirla. Una vez que llegaron a Estados Unidos, o no pudieron encontrar

trabajo o decidieron que pagarle no era una prioridad. Cuando fue a hablar con el padre de uno de estos aprovechados, le dijo: “Si quiere me amarran y me matan, pero no puedo pagar”.

Los últimos dos años han sido un infierno para doña Sara. Me enseñó una bolsa de pastillas para dormir. Según la petición de octubre de 2008, doña Sara debía a cuatro instituciones distintas un total de 160 mil quetzales. Pero según la propia Sara, debía 300 mil a una sola institución —Banrural— y otros 300 mil a por lo menos seis de sus vecinos. Digo “por lo menos” porque apenas pasa un día sin que me entere de otro enredado negocio. Los funcionarios de otras tres instituciones afirmaron que también les pidió prestado a ellos, sólo que mediante intermediarios, los cuales presentaron sus propios títulos de propiedad. Si las acusaciones son ciertas, doña Sara sacó préstamos de por lo menos siete instituciones distintas. Pudo cumplir con Banrural sólo convenciendo a sus vecinos de que le prestaran dinero o títulos de propiedad que presentó como garantía para nuevos préstamos bancarios. Muchos de los nuevos tratos le costaron 10% mensual, cada uno garantizado supuestamente por el pago inminente de tratos anteriores. Un acreedor de Sara se llevó todos los aparatos eléctricos de su cocina. Otro le “embargó” los salarios de su hija y de su esposo. Quería ella vender su casa de dos pisos, pero no había compradores, y Banrural entabló juicio para *agarrar* la casa, como dicen en Nebaj.

Para enero de 2009, el grupo de doña Sara ya contaba con 221 miembros. Ninguna de las 42 cabezas de familia que entrevisté estaba tan metida en el hoyo como ella, pero la mayoría tenía cosas en común.

- 1) Pedían prestadas altas cantidades de dinero a instituciones con un bajo interés;
- 2) Después le prestaban el dinero a alguien en quien pensaban que podían confiar;
- 3) La persona de confianza por lo general iba a viajar al norte o quería enviar allá a un esposo o a un hijo;
- 4) Tenían la esperanza de vivir de la diferencia de las dos tasas de interés.

En su petición de octubre de 2008, el comité de deudoras acusó a las instituciones de no haber verificado la capacidad de pago de los prestatarios, es decir, las acusaron de que no se dieron cuenta de que estaban haciendo préstamos múltiples. Según la misma petición, los 76 hogares debían cada uno en promedio a 3.1 instituciones, y en 29 casos se decía que se debía a cuatro o más instituciones. Cuando el ensartado de deudas se viene abajo, la tie-

rra agrícola es lo primero que se vende o se pierde, después la casa, y con frecuencia la propiedad de un vecino o familiar también. En uno de estos casos, doña Sara convenció a Violeta, su nuera, de que usara el título de propiedad de su casa para pedir un préstamo de 25 mil quetzales a una asociación y que le diera el dinero. Sara logró hacer cuatro pagos de este préstamo antes de caer en morosidad y de que las penalizaciones duplicaran la deuda. Violeta no consultó a su esposo antes de presentar su casa como garantía, y cuando él se enteró le puso una paliza tal que tuvo que ir a un hospital. Tras un pacto, un juez les dio cuatro meses para que reunieran los 38 mil quetzales para salvar su casa.

“Favor decir a los internacionales que no hay paz porque las instituciones sacan provecho de las mujeres que no pueden leer ni escribir”, me dijo doña Sara. “Pedimos a los derechos humanos internacionales que velen por el derecho de las mujeres ixiles.” Las expediciones a la capital condujeron a una organización española que le ofreció un proyecto para generar ingresos, pero del tipo que se enfoca en la producción de tejidos u hortalizas, que no llega a dar lo suficiente para evitar que la gente pierda sus casas. Haciendo caso omiso de las dudas que abriga el comité, Sara se empeñó en buscar a un hada madrina que pagara todas las deudas de sus miembros. “Dice que nos da un proyecto, pero no necesitamos proyectos. Lo que necesitamos es un hablar con la primera dama Sandra para que ella habla con el banco. Lo que necesitamos es un fondo para cobrar nuestras deudas.” Pero la primera dama no quiso ayudarlas y en junio de 2009, Banrural metió al juzgado local 40 expedientes de las hipotecas no pagadas, los primeros de muchos más por venir.

### **Diagnóstico: Nebaj, economía burbuja**

Los encargados de los préstamos que aceptaron casas y terrenos agrícolas en garantía estaban convencidos de que, si se apiadaban de los morosos más inocentes e indefensos, el resto de sus clientes dejaría de pagar. Esto fue lo que pasó en los años noventa, cuando la primera generación de fondos de crédito de Nebaj se desvaneció. Una vez que algunos prestatarios dejaron de pagar, aldeas enteras hicieron lo mismo. Incluso en esa época algunos prestatarios ofrecieron bienes raíces como garantía, pero las agencias de préstamos decidieron no confiscarlos. Los administradores de la Unión Europea querían ayudar a los ixiles, no aprovecharse de ellos; quitarles sus propiedades parecía inmoral; así que, sin querer hacerlo, los donantes acostumbraron a los ixiles a la idea de que cualquier deuda con una institución tarde o temprano sería perdonada.

Para el nuevo evangelio del crédito fácil como estrategia de desarrollo, el supuesto más atractivo es que la falta de crédito barato es una de las causas más importantes de la pobreza. Pero la mayor parte de la gente pobre no son empresarios en ciernes. La mayor parte de la gente de los países ricos tampoco son empresarios en ciernes. Cuando la gente pide dinero prestado, en general es para bienes de consumo o para emergencias, no para inversiones productivas. Según investigadores en el sur de Asia, muchos de aquellos que piden micropréstamos no están en posición de invertir en una empresa rentable. Cuando no logran generar una nueva fuente de ingresos, quedan atrapados en el reciclaje de préstamos, es decir, pagan un préstamo viejo con uno nuevo, o venden bienes importantes, o sea, se vuelven más pobres. En cuanto a las altas tasas de cumplimiento de pagos, logradas mediante los llamados grupos solidarios, en realidad son grupos de riesgo, que pueden ser aprovechados por personas de pocos escrúpulos para endilgar sus obligaciones a crédulos garantes. Como estos grupos son muy fáciles de explotar, el microcrédito puede socavar la solidaridad existente tanto como reafirmarla. A fin de cuentas, pensar que el microcrédito es una panacea ignora las relaciones de poder al interior de las comunidades y familias, las cuales pueden convertir incluso un modesto préstamo en uno de tantos instrumentos de explotación (Lont y Hospes, 2004; Bond, 2006; Dichter, 2006; Cons y Paprocki, 2008).

Aun así, como las instituciones de financiamiento cobran tasas de interés mucho más bajas que las tasas que los neabajenses se aplican unos a otros, ¿no debería esto eliminar la usura? Paradójicamente, en Nebaj, el crédito fácil parece haberla aumentado, porque el dinero que los ixiles se prestan entre ellos fluye a manos llenas. Para los inmigrantes que regresan, la manera más socorrida de aumentar lo que en general son escuetos ahorros es prestarlos a la siguiente ola de inmigrantes, ya sea de forma directa o mediante un prestamista que se convierte en su agente. Los préstamos a los migrantes también es la manera más socorrida de hacer dinero para los que se quedan en Nebaj, y la fuente más socorrida para hacerse de capital es acudir a una institución de crédito y decir que el dinero se necesita para otra cosa. Así pues, la migración al norte se ha vuelto un hoyo de crédito, no sólo para los ixiles que están en Estados Unidos y que tienen que esforzarse para que su inversión reditúe, sino para los ixiles que todavía están en su tierra pero desean obtener las altas ganancias de la migración a Estados Unidos. Lo que resulta son cadenas de deudas, cuyos fondos provienen de las remesas y de los créditos institucionales, los cuales a su vez son objeto de arreglos personales idiosincrásicos, cada uno de los cuales se pacta con un interés más alto que el anterior, hasta que alguien deja de pagar y la morosidad remonta la cadena hasta el origen.

¿Por qué los ixiles adoptan este comportamiento tan riesgoso? Hasta hace poco, como ya se dijo, no habían sufrido la experiencia de instituciones financieras que les embargaran casas o terrenos. Ahora bien, es fácil encontrar prestatarios, que no saben llevar siquiera las cuentas más básicas y que se embarcan con cualquier ofrecimiento. Pero los ixiles también son campesinos que, al competir por tierra y empleo cada vez más escasos, han aprendido unos de otros a calcular con precisión su interés propio. Doña Marta, doña María y doña Sara son mujeres que entienden el mercado, y muchos de los inmigrantes por supuesto son empeñosos e inteligentes. No obstante, incluso en los hogares que han tenido grandes pérdidas, y donde hay historias personales de la desesperación de pararse a la orilla de una carretera en Estados Unidos, esperando a que los contraten día a día, me piden que los ayude a enviar a más de sus jóvenes al norte.

De las historias que me contaron surgen otras dos explicaciones de estos préstamos de alto riesgo. Primera, una vez que los nebjenses están en riesgo de perder una casa o tierra, la única manera de salvarla es ir en pos de los altos ingresos que se ganan en Estados Unidos. Segunda, todas estas nuevas fuentes de dinero —proyectos de ayuda, préstamos y remesas— han tenido un impacto feroz en el precio de los bienes raíces en Nebaj. Los trabajos académicos sobre las comunidades emisoras de inmigrantes hacen breves referencias a las tasas de inflación (Kyle, 2000: 103; Smith, 2006: 50; Foxen, 2007: 98), que por supuesto resultan ser altísimas. En Nebaj no sólo el precio de los pastizales o de la tierra de cultivo se ha disparado, sino que también el costo de los lotes para casas, cuestión de mucha preocupación para la típica familia de cinco, seis o siete hijos que llegan a la vida adulta, la mayor parte de los cuales tendrán que construir nuevas casas. A principios de 2008, los precios típicos de los lotes para casas en la ahora pequeña ciudad de Nebaj estaban entre 200 mil y 250 mil quetzales (25 mil y 32 mil dólares); incluso en los linderos de la cabecera y en las aldeas, los lotes para construcción se vendían a precios entre 5 mil y 10 mil dólares; y la tierra agrícola de buena calidad llegaba a costar 6 mil dólares por acre (aproximadamente 4000 m<sup>2</sup>).

Gracias a todas las entradas de ayuda, crédito y remesas, Nebaj se ha convertido en una economía burbuja o, más exactamente, una economía inflacionaria dependiente. Nebaj tiene una economía dependiente porque aunque la actividad preponderante sigue siendo la agricultura, no puede producir suficiente comida para su sostenimiento y por ello depende de la exportación de mano de obra al exterior. Nebaj es una economía inflacionaria porque las entradas de las donaciones internacionales, los créditos y las remesas de Estados Unidos han inflado los precios de bienes cuya oferta es fija. La tierra es el ejemplo más importante (en marcado contraste con la mano de obra, la

cual sigue siendo muy barata). Así que todas estas entradas han aumentado el flujo de dinero en Nebaj, los precios de los lotes para vivienda y la tierra agrícola se han disparado fuera del alcance de la población, y el único modo en que un joven puede lograr comprar un bien raíz es arriesgándose a trabajar en Estados Unidos.

### **¿Acaso la migración por mejores salarios se está volviendo migración para pagar deudas?**

En mi última visita, en junio de 2009, las remesas habían caído estrepitosamente. No me fue posible recabar cifras, pero a juzgar por lo señalado en tres agencias, las remesas apenas alcanzaban la mitad de nivel al que llegaron el año pasado. Las tasas de morosidad de cada institución llegaban a los dos dígitos. Los ixiles seguían yendo al norte, pero ahora menos que antes, al parecer porque muchos se dieron cuenta de que ya no había tanto trabajo e, incluso sin haberse dado cuenta, actualmente es más difícil reunir los 40 mil quetzales que se necesitan. El precio de los bienes raíces ha caído, lo que impide que tanto prestatarios como acreedores recuperen su capital. Así, la burbuja ha hecho de Nebaj su propia versión de la crisis crediticia global. De una manera premonitrice que anunciaba la burbuja de Estados Unidos y cómo se reventó, los especuladores ixiles pidieron prestado dinero ajeno para multiplicar sus ganancias, pero al precio de correr riesgos más altos que ahora los están haciendo quebrar, a ellos y a quienes les prestaron.

Terminemos este texto con una interpretación minimalista y luego otra maximalista. Para la minimalista, Nebaj es un caso especial por su peculiar atractivo para las instituciones que prestan dinero y porque la presencia de los ixiles en el mercado de trabajo estadounidense es tan reciente que son muy vulnerables a las recesiones económicas. En cuanto al comité de mujeres deudoras, quizá represente solamente a los miembros de la población más vulnerables (en algunos casos autodestructivos). Los 221 hogares del comité corresponden a menos de 2% de los 14 mil que tiene el municipio. Incluso si suponemos que las deudas están ahogando a todos y cada uno de los migrantes que van a Estados Unidos (que no es el caso), e incluso si suponemos que cada migrante corresponde a un hogar en particular (que tampoco es el caso), mi cálculo de 4 mil nebajenses en el norte significaría que menos de 30% de los hogares se están hundiendo por el peso de estas malas inversiones. El número real de hogares ahogados por el problema de la migración es inferior a esto —pero los préstamos múltiples y las cadenas de endeudamiento afectan a un círculo más amplio de hogares que nunca han

enviado a alguien al norte. No puedo por ahora hacer un cálculo de la cifra, pero cualquier visitante podrá confirmar que el tema de la deuda provoca gestos de preocupación en mucha gente.

El comité de mujeres deudoras quisiera que las vieran como víctimas de Banrural, de otros dos bancos más pequeños que tienen políticas crediticias más conservadoras, de tres cooperativas de ahorros y préstamos y de los microcréditos —una batería que merece más atención de la que se puede prestar aquí. Banrural es un banco privado con fines de lucro, que se anuncia a sí mismo como una empresa de servicio público (“el amigo que te ayuda a crecer”) y ha abierto muchas oficinas en aras de atender la demanda de la población rural de más servicios bancarios. Cotoneb es una cooperativa ixil cuya cartera de inversiones, con más hoyos que un queso suizo, ha puesto en peligro 15 millones de quetzales producto del ahorro de los nebjenses. Otras instituciones obtienen sus fondos de una combinación variable de depósitos locales, donaciones y capital a bajo interés aportado por gobiernos, organizaciones internacionales y corporaciones. No puede ser una casualidad que, en la misma época que los banqueros estaban endilgando tantos créditos a los estadounidenses, también se los endilgaran a los guatemaltecos con consecuencias parecidas. Colectivamente, las instituciones financieras de Nebaj son responsables de haber embarcado a hogares de bajos ingresos en créditos superiores a su capacidad de pago.

Pero echarle la culpa únicamente a estas instituciones es hacer caso omiso de la agencia de quienes piden los préstamos, incluyendo aquí la habilidad nada despreciable de algunos ixiles para aprovecharse de otros ixiles. Una vez que nos damos el nombre de “comunidad” o se lo damos a una población que nos resulta atractiva, como los nebjenses, esperamos que la gente a la que se aplica el término se apoye mutuamente, pero un pueblo ixil no es una comunidad en este sentido benévolo y generoso que evocan los que redactan los proyectos internacionales de ayuda. La vida social ixil es en extremo competitiva, de maneras que son muy frecuentes entre los campesinos. La motivación más clara es que la tierra y el trabajo son muy escasos, y la razón más clara de esta escasez es que la población se ha duplicado cada 25 años. El crecimiento poblacional ha puesto fin a cualquier posibilidad de una agricultura de subsistencia que sea autosuficiente para la mayoría de los ixiles.

A la gente de Nebaj no le queda sino ver de qué árbol se ahorca, y sé de muchos que han hecho grandes sacrificios por sus prójimos. Pero cuando se eligen definiciones estrictas del interés propio, la explotación invade el corazón mismo de vecindarios y familias. Una estrategia para un agricultor que vive debajo del nivel de subsistencia es procrear más hijos para que trabajen por un salario, con lo cual se ampliará el ingreso del hogar mientras sean



adolescentes, pero que heredarán parcelas de tierra cada vez más pequeñas. “Piensa de su familia como máquina de producción”, dijo una joven feminista ixil. “Muchos piensan así. Miran a sus hijos como máquinas para explotar. Piensan, lo más hijos que tengo, lo más pueden apoyar a mí.” Otra estrategia es aprovecharse de la *confianza* de sus seres queridos y dejarlos cargando el muerto. Algunas de las historias que me contaron esposas, padres y hermanos traicionados por sus propios parientes son para partírle el corazón a cualquiera.

La falibilidad humana de los neabajenses me lleva a una interpretación maximalista de su crisis deudora: su origen está en el proceso mismo de buscar trabajo en Estados Unidos. Según esta interpretación, los niveles de deuda de Nebaj son un ejemplo particularmente vivo de un aspecto mucho más amplio de la migración masiva hacia el norte, que en general escapa al escrutinio de los estudiosos pero que a veces asoma su cabeza. En Nebaj la deuda se ha vuelto visible porque los ixiles están acostumbrados a presentar sus problemas como peticiones de ayuda. En el Departamento de Chimaltenango la deuda se ha vuelto visible por los 287 guatemaltecos que fueron deportados a raíz de la redada en Postville, Iowa, en 2008. Según el Consejo Nacional para la Atención del Migrante, a 158 de ellos les esperaban deudas que iban de 5 mil a 100 mil quetzales, las cuales amenazan con hacerles perder sus tierras y casas (Fernández y Bonillo, 2009).

Poco se ha estudiado el problema de la deuda no sólo porque los migrantes en general no están dispuestos a hablar de ello, sino también porque muchos investigadores parecen compartir el supuesto de los mismos migrantes: que la economía de Estados Unidos no tiene límites para absorberlos. Es cierto que si los migrantes pudieran encontrar trabajo remunerado, la carga de la deuda sería temporal, incluso siendo explotados con tasas de interés exorbitantes. Pero los ixiles no lograban encontrar suficiente trabajo desde antes de la crisis crediticia de 2008, como les sucedía a otros guatemaltecos y centroamericanos que se paraban al lado de la carretera junto a ellos. Cuando los que se juntaban en las esquinas llegaron a ser tantos, la migración en busca de remuneraciones más altas empezó a parecerse más a la migración para pagar deudas. En este último caso, las deudas, aunque permiten la travesía, de todos modos exigirán más migración, con lo que se hace sangría continua de valor por enviar población que probablemente nunca recuperará su inversión, por más que las casas de dos y tres pisos parezcan decir lo contrario.

Fred Krissman (2005: 14) ha señalado una omisión crucial en el modelo de redes de migración de Douglas Massey que tan buena acogida ha tenido entre los académicos. Al enfocarse en las relaciones simétricas entre los migrantes que vienen de la misma población, el modelo de la red de migración

da por verdaderos los ideales normativos de la población de que se trate, los cuales enfatizan la lealtad a la familia y al lugar de origen. De esta manera, el modelo de la red de migración se enfoca en el aspecto de apoyo y cooperación de las corrientes migratorias. Pero, ¿dónde quedan todos los conflictos de intereses que la etnografía sería revela? El modelo de la red de migración también hace a un lado figuras clave como los empleadores, los traficantes y los que ofrecen esta fuerza de trabajo a los empleadores. En pocas palabras, implica un funcionalismo bien aceitado que los antropólogos y los sociólogos han abandonado desde hace mucho en otras áreas. Subestima la cualidad competitiva de la migración, como una cadena de explotación en la que cada actor —el empleador, el coyote y el migrante— no hace más que pasarle a otra persona con menos poder un riesgo o una apuesta, la cual, si las cosas no salen bien, tendrá que pagar las consecuencias. Tales riesgos que se pasan de unas manos a otras y las cadenas de endeudamiento es lo que está arrebatando casas y terrenos a ixiles que nunca han ido a Estados Unidos.

Resulta tentador ignorar las consecuencias de estas cadenas de deudas (*cf.* Vélez-Ibáñez, 2004: 130) y pérdidas de valor, dada la importancia de las remesas para las economías nacionales, por no decir dependencia de toda la economía nacional de esos recursos. El glamour de la macroeconomía ha facilitado que se le saque la vuelta a la pregunta crítica de saber exactamente quién recibe las remesas y quién no, y su impacto en los que las esperan y no las reciben. ¿Cuál es el dilema? Si las remesas detonan espirales inflacionarias en las poblaciones que las reciben, entonces más gente se ve presionada a viajar al norte. Cuando se endeudan para no quedarse atrás de sus vecinos, los grupos más vulnerables toman enormes riesgos. De esta manera, cada vez que las remesas han dado origen a economías inflacionarias dependientes, un círculo interno de historias aparentemente afortunadas, cuyo síntoma visible son esas casas de dos y tres pisos, quizás está rodeado de otros círculos menos visibles de aspirantes a la misma fortuna, quienes se endeudan para ir al norte, sin lograr encontrar trabajo y perdiendo sus bienes.

Pero, pensemos un momento, ¿qué decir del impacto de los controles aplicados en la frontera? Ciertamente los controles más estrictos en la frontera de México con Estados Unidos y en la de Guatemala con México, junto con la floreciente criminalidad que estos controles alimentan, han inflado mucho el costo de la travesía y por lo mismo de las deudas adquiridas. A principios de los años noventa, uno de los primeros ixiles que se fue al norte pagó menos de 2 mil dólares. Sin los controles fronterizos, una solicitud de pasaporte y el pasaje de autobús saldrían en menos de la décima parte de lo que actualmente el viaje cuesta a los neabajenses. Sin los controles fronterizos, los migrantes no caerían en el hoyo tan rápida y tan profundamente. Pero dudo

que el control fronterizo sea el problema fundamental. Una vez que las remesas disparan radicalmente el costo de los bienes raíces en una localidad campesina, todas las familias sienten la presión de enviar por lo menos a uno de sus miembros a Estados Unidos, donde incrementarán la tendencia a saturar los “nichos étnicos” que los esperan allá (Kaufman, 2000: 363). Si bien esta despiadada paradoja no es exclusiva de Nebaj, si más bien es algo común a las poblaciones campesinas, entonces la cadena migratoria generada por la inflación inevitablemente producirá déficits porque los migrantes tienen que pagar el alto costo de la vida en Estados Unidos sin gozar de un salario estable y alto.

En conclusión, me pregunto si acaso la migración y las deudas no estarán generándose mutuamente en otras localidades de América Latina. Si el problema principal es cruzar la frontera estadounidense y buscar trabajo, entonces negar ese derecho es la manera en que el capitalismo orilla a los latinoamericanos a integrarse a la economía informal y oculta de Estados Unidos. Legalizar a los migrantes no autorizados debería permitirles exigir sus derechos. Pero cuando corrientes de migrantes con un destino común y que provienen de muchos países inundan los nichos étnicos que existen, como ya ocurrió con los ixiles, la lucha por derechos laborales tiene pocas posibilidades de rescatarlos de su verdadera función en el capitalismo, a saber, servir de reserva de mano de obra barata y explotable. Suponer que más y más corrientes migratorias que compiten entre sí, y más y más trabajadores excedentes, llegarán en un momento dado a conquistar su lugar en el paraíso es suponer que la economía estadounidense puede ofrecer empleo casi sin límites. Esta ilusión de cuerno de la abundancia que sería el capitalismo se le da fácil al *Wall Street Journal*, pero no a los críticos del capitalismo (Chacón y Davis, 2006; Bacon, 2008) que claman por la apertura de las fronteras.

Traducción del inglés de Germán Franco

Recibido: agosto, 2009

Revisado: enero, 2010

Correspondencia: Middlebury College/Middlebury, Vermont 05753/Estados Unidos de América/correo electrónico: dstoll@middlebury.edu

## **Bibliografía**

Aubry, Laura y Charlotte Servado (2004), *Intensificación y migraciones temporales*

- frente a la presión hipotecaria: diagnóstico agrario de dos valles altos del municipio de Nebaj, área Ixil, Guatemala, París, Instituto Nacional de Agronomía París-Grignon, tesis de doctorado.
- Bacon, David (2008), *Illegal People: How Globalization Creates Migration and Criminalizes Immigrants*, Boston, Beacon Press.
- Bond, Patrick (2006), "Beyond microcredit evangelism", texto completo en [www.pambazuka.org](http://www.pambazuka.org) (última consulta 15 de septiembre de 2008).
- Chacón, Justin Akers y Mike Davis (2006), *No One is Illegal: Fighting Racism and State Violence on the US-Mexico Border*, Chicago, Haymarket Books.
- Cohen, Jeffrey H. (2004), *The Culture of Migration in Southern Mexico*, Austin, University of Texas Press.
- Cons, Jason y Kasia Paprocki (2008), "The Limits of Microcredit—A Bangladesh Case", *Food First Backgrounder*, vol. 14, núm. 4, invierno.
- Dichter, T. (2006), "Hype and Hope: The Worrisome State of the Microcredit Movement", texto completo en [www.microfinancegateway.org](http://www.microfinancegateway.org), último acceso 22 de septiembre de 2008).
- FCDE (Faceta Central Desarrollo Empresarial) (2002), "Realización de un inventario y tipificación de la oferta-demanda de crédito en el Triángulo Ixil", Convenio n. GUA/B7-2120/98/482, informe para US Agency for International Development, Guatemala, 29 de abril.
- Fernández, Marcela y Cristina Bonillo (2009), "Estafan a migrantes deportados de Postville", *Prensa Libre*, 26 de agosto.
- Fletcher, Peri L. (1999), *La Casa de Mis Sueños: Dreams of Home in a Transnational Mexican Community*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Foxen, Patricia (2007), *In Search of Providence: Transnational Mayan Identities*, Nashville, Tennessee, Vanderbilt University.
- Gordon, Jennifer (2005), *Suburban Sweatshops: The Fight for Immigrant Rights*, Cambridge, Harvard University Press.
- Kaufman, Kathy A. (2000), "Outsourcing the Hearth: The Impact of Immigration on Labor Allocation in American Families", en Nancy Foner, Ruben G. Rumbaut y Steven J. Gold (eds.), *Immigration Research for a New Century: Multidisciplinary Perspectives*, Nueva York, Russell Sage Foundation, pp. 345-368.
- Krissman, Fred (2005), "Sin Coyote Ni Patrón: Why the 'Migrant Network' Fails to Explain International Migration", *International Migration Review*, vol. 39, núm. 2, pp. 4-44.
- Kyle, David (2000), *Transnational Peasants: Migrations, Networks, and Ethnicity in Andean Ecuador*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Levitt, Peggy (2001), *The Transnational Villagers*, Berkeley, University of California Press.
- Lont, Hotze y Otto Hospes (eds.) (2004), *Livelihood and Microfinance: Anthropological and Sociological Perspectives on Savings and Debt*, Amsterdam, Eburon Delft.
- Mahler, Sarah (1995), *American Dreaming: Immigrant Life on the Margins*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.

- Miles, Ann (2004), *From Cuenca to Queens: An Anthropological Story of Transnational Migration*, Austin, University of Texas Press.
- Nazario, Sonia (2006), *Enrique's Journey*, Nueva York, Random House.
- OIM (Organización Internacional para las Migraciones) (2008), *Encuesta sobre Remesas 2008 y Medio Ambiente*, Cuadernos de Trabajo Sobre Migración, Organización Internacional para las Migraciones, Guatemala, septiembre.
- Prensa Libre* (2008), "La familia en Guatemala pasa por tiempos duros", *Prensa Libre*, 18 de mayo.
- Smith, Robert Courtney (2006), *Mexican New York: Transnational Lives of New Immigrants*, Berkeley, University of California Press.
- Vélez-Ibáñez, Carlos G. (2004), "The Political Ecology of Debt and Class Formation among Mexican Colonias in the Southwestern United States", en Hotze Lont y Otto Hospes (eds.), *Livelihood and Microfinance: Anthropological and Sociological Perspectives on Savings and Debt*, Amsterdam, Eburon Delft, pp. 129-151.

